**ORIOL VERGÉS**

**HISTORIAS**

**INCREÍBLES**

**www.oriolverges.com**

**Copyrighted material**

**Cielo oscuro**

Eran cerca de las ocho de la tarde y el cielo empezaba a oscurecerse. Los bosques de Carolina del norte formaban lo que parecía a vista de pájaro un inmenso mar de copas de árboles que se mecían al ritmo que marcaba el viento. En medio de ese mar, había una pequeña base aérea militar de los Estados Unidos donde soldados novatos eran enviados para empezar a adquirir experiencia.

Delante de la cantina Steve y Elliott estaban acabando de comer los postres de la, como siempre, horrible cena del ejército. Estaban esperando a sus otros tres compañeros que habían ido a buscar el jeep en un momento de gran actividad en la base. Un pelotón de hombres pasaba por delante de ellos en el mismo instante que llegaba un helicóptero detrás de la cantina generando un gran estruendo, y un camión de transporte pasaba levantando una gran polvareda.

–Es éste tipo de tranquilidad la que necesito para digerir la cena –dijo Elliott con sarcasmo mientras masticaba.

–No te preocupes, tienes todo el turno de noche en el radar para digerirlo –contestó Steve sentado en las escaleras de la cantina mientras aburrido observaba como se alejaba el camión.

A los cinco amigos les esperaba por delante unas ocho horas en el radar supervisando los pocos movimientos que durante la noche había en el espacio aéreo de su zona. Era mortalmente aburrido el turno nocturno ya que realmente no pasaba nada. La primera hora habitualmente la dedicaban a jugar a las cartas o a charlar de sus cosas, pero a medida que avanzaba la noche llegaba un momento en que ya no sabían qué hacer. Por suerte todos los días no les tocaba el mismo turno aunque últimamente se repetía demasiado a menudo.

El pitido del jeep descapotable les alertó. Tim, Allan y Henry se acercaban bastante deprisa hasta que Tim usó el freno de mano haciendo derrapar las ruedas delante de la cantina. El frenazo fue considerable ya que Allan se precipitó encima de Henry desde el asiento de atrás, haciendo que casi se golpeara la cabeza contra el parabrisas.

–Te he dicho un millón de veces que no frenes de ésta manera –dijo Henry con cara de pocos amigos–. La próxima vez te comerás la rueda de recambio.

Los demás rieron al escuchar el comentario. Tim y Henry eran como la noche y el día. Henry era serio y responsable mientras que Tim era todo lo contrario. Con su eterna sonrisa y la visera de su gorra hacia arriba y de costado demostraba tener demasiada alegría que le resultaba difícil de controlar.

–Ya conduciré yo –dijo Steve subiendo al jeep.

–Un día de éstos nos matarás­ –exclamó Elliott dándole una colleja a Tim–. Por cierto, últimamente nos toca demasiado el turno de noche.

–Sí, Allan. Vaya idea tuviste con levantarle la novia al que pone los turnos. Nos tiene marcados –se quejó Steve mirando por el retrovisor para ver si todos sus compañeros habían subido al asiento de atrás–. En fin, vámonos que ya llegamos tarde, como siempre.

El jeep con los cinco amigos se alejó de la cantina y cruzaron la base militar hasta que cogieron la carretera del bosque que conducía únicamente hacia la estación del radar. Si bien el complejo militar en sí no era demasiado grande, el bosque en el que estaba situado era realmente enorme. Condujeron por una carretera de tierra llena de curvas y a intervalos, mirando hacia arriba en medio de las copas de los árboles, pudieron observar como poco a poco el cielo se iba nublando con unas espesas nubes que presagiaban una noche de lluvia intensa.

Al final de la carretera y después de diez minutos conduciendo llegaron a un claro en el bosque donde estaba la pequeña estación de radar. Tenía tan solo dos pisos con unas farolas clavadas en sus paredes rodeando la construcción de hormigón, que a esas horas delataban cierta humedad en el ambiente. En una de las esquinas del piso superior había la sala de control que la llamaban “el platillo volante estrellado”, ya que su forma casi esférica difería de las otras tres esquinas. El jeep se detuvo ahora suavemente delante del radar donde un soldado del turno diurno les esperaba con mala cara.

–Ya era hora. Os lo advierto, es la última vez que llegáis tarde. A la próxima presentaremos una queja –dijo enojado mientras sus compañeros aparecían por la puerta del radar poniéndose sus cazadoras–. Por cierto, veo que también nos hemos olvidado de venir con dos jeeps –continuó, mientras subían al automóvil–. Pues aquí os quedáis hasta mañana.

–¡Qué simpático eres! –gritó Tim mientras el jeep aceleró perdiéndose por la carretera–.¡¡Perdedor!!

Los cinco se dirigieron hacia la puerta metálica que estaba situada al fondo de una pequeña entrada, donde había un escueto fluorescente en el techo y un par de contenedores metálicos de basura.

–¿Quién era el encargado de traer el segundo jeep? –preguntó Henry. Por la cara que puso Elliott, todos lo supieron.

–Buena la has hecho –dijo Allan con un par de golpecitos en la espalda de su amigo.

Subieron las escaleras y entraron en la sala de control que estaba repleta de paneles electrónicos, pantallas y ordenadores. Cada uno ocupó su lugar pero como era de prever y por desesperación de Henry, Elliott y Allan encabezados por Tim, fueron a buscar la caja que usaban a menudo como mesa para jugar al póker. A Steve se le escapó la sonrisa al ver la cara de Henry y, como era habitual en él, sacó de un cajón una pequeña radio que sintonizó con el boletín de noticias. El hombre del tiempo anunciaba una tormenta con fuerte actividad eléctrica, cercana a la zona donde se encontraban que duraría gran parte de la noche.

El radar daba vueltas en la pantalla pero no detectaba por el momento movimiento alguno, ya que su zona estaba restringida tan solo a vuelos militares. Sin embargo siempre había algún aficionado a la aeronáutica despistado que con su pequeña avioneta se adentraba por error en su zona.

La noche avanzaba lentamente y los de la partida de póker seguían jugando al fondo de la sala semiesférica, mientras Steve y Henry continuaban sentados delante de las pantallas. Por las ventanas que tenían enfrente, observaban como cada vez más los árboles se balanceaban por culpa del viento y pequeñas gotitas empezaban a manchar los cristales.

–Nos viene algo grande encima –dijo Steve.

–Menuda noche nos espera –contestó Henry cuando un inmenso relámpago iluminó todo el cielo recortando perfectamente la vegetación que tenían delante.

–¡Oh! Éste petará fuerte –dijo Allan mientras tiraba con fuerza sus cartas encima de la caja de cartón–. ¡Póker! He vuelto a ganar. Venga, soltad la pasta.

Al cabo de unos segundos, un potente y duradero trueno llegaba de la lejanía haciendo vibrar levemente los cristales.

–Parece esa escena de Jurassic Park cuando aparece por primera vez el Tyrannosaurus Rex –comentó Steve.

Henry sonrió mientras escribía los datos de un caza que acababa de llegar a la base procedente de Florida. Poco después, dos aviones de Air France y uno de American Airlines se habían acercado demasiado a la zona aérea militar y tuvieron que comunicárselo, pero aparte de eso no sucedió nada más hasta las once de la noche.

A esa hora el aburrimiento había ido en aumento y la tormenta anunciada por fin la tenían encima. Tim y Elliott habían iniciado de nuevo sus partidas de cartas, Allan estaba en su puesto aunque había empezado a leer sus queridos cómics, y Steve y Henry seguían delante del radar comentando el partido de la noche anterior de los Knicks mientras tomaban café. El sonido cálido de la radio se mezclaba con el de la lluvia y algún que otro trueno, cuando el radar empezó a emitir un pitido intermitente y un punto verde apareció moviéndose en la pantalla. Henry observó que no había ninguna identificación reconocible. Tan solo su rumbo: s469. Extrañado se puso los auriculares e intentó contactar.

–Aquí control aéreo de la base militar Brenton. Ésta es un área restringida solo para vuelos militares –dijo Henry de forma rutinaria–. Civiles o compañías comerciales tienen prohibido el acceso. Identifíquese, cambio.

Dejó de apretar el botón y esperó respuesta, sin embargo solo se escuchó silencio en el altavoz. Steve que tenía los pies encima de la consola los bajó y aumentó en el monitor una imagen de la zona en cuestión. A cada paso de la línea que daba vueltas en la pantalla del radar, formaba el desplazamiento de ése misterioso punto verde.

–Segundo y último aviso. Ésta es un área de exclusión aérea solo para vuelos militares. Identifíquese inmediatamente o nos veremos obligados a actuar –continuó Henry ahora con un tono de voz más severo.

Steve se giró hacia Elliott y le indicó que cogiera los planes de vuelo para esa noche.

–¿Hay algún vuelo para esta noche con rumbo sur 469?

Elliott que había dejado las cartas revisó los planes de vuelo y le indicó que no. Para entonces los cinco amigos se habían agrupado en torno a las pantallas con semblantes serios.

–Pues no es uno de los nuestros –dijo Steve dirigiéndose a Henry–. Debe de ser otro loco con su avioneta.

–¿Y por qué no se identifica? –respondió Henry observando, en medio del pitido del radar, como ese punto verde se dirigía ahora hacia el este–. Ha cambiado… y se mantiene en los veinticinco mil pies.

–Mirad su movimiento. Parece que vaya dando tumbos –se fijó Allan.

En efecto, el movimiento era realmente extraño. No parecía que tuviera un rumbo prefijado y nunca abandonaba la zona del bosque manteniéndose constantemente a la misma altura. Delante de esta situación, Steve llamó a su capitán para informarle de los acontecimientos y poco después dos cazas despegaban para ir al encuentro de ése extraño objeto.

En la pantalla del radar aparecieron los aviones como otros dos puntos verdes y empezaron a ascender hacia los veinticinco mil pies. Mientras subían ese objeto seguía moviéndose en un radio de unos dos quilómetros encima de la base militar. Pero cuando los cazas llegaron a los veinte mil pies su comportamiento cambió radicalmente. Dejó de moverse y empezó a ascender al mismo ritmo que subían los aviones manteniendo siempre la misma distancia de cinco mil pies.

–¡Fijaos, está subiendo! –alertó Elliott incrédulo–, ¡y verticalmente, tiene que ser un helicóptero!

–¿A esa altura y a esa velocidad? Imposible –contestó Steve.

–¿Tenéis contacto visual de algún tipo? Cambio –preguntó Henry a los pilotos.

Hubo un momento de silencio pero su respuesta fue rotunda: “Negativo”. El pitido agudo seguía resonando por la sala de control mientras observaban con atención la persecución de los dos puntos verdes a ése extraño objeto, que ya había ascendido a más de veintinueve mil pies. Pero sin que nadie se lo esperara, el punto verde del intruso aceleró a una velocidad increíble y salió del alcance del radar. Todos se quedaron asombrados y rápidamente dedujeron que había acelerado en pocos segundos a unos veinte mil quilómetros por hora.

Steve, Henry y los demás no sabían qué decir. Era algo realmente insólito lo que acababan de presenciar. A todos les pasaba por sus mentes posibles explicaciones pero prefirieron guardar silencio como si así evitaran darle mayor importancia.

–De… deberíamos decirles algo –comentó tímidamente Tim.

–Sí, eh… gracias chicos –dijo Henry apretando el botón–, ya podéis volver a la base. Cambio y cierro –cogió el teclado del ordenador que tenía al lado y miró a sus compañeros–. Tengo que… decir algo a la base. Aunque no sé el qué…

El pitido de la pantalla del radar cesó y tan solo se escuchaba en la sala de control el caer incesante de la lluvia sobre el bosque. Tim y Allan se acercaron a las ventanas y miraron con cierto temor el cielo, mientras su vaho al respirar empañaba los cristales mojados. Nadie decía nada hasta que el timbre del teléfono rompió ese silencio incómodo. Steve se levantó y cogió un teléfono viejo clavado en la pared.

–¿Señor?... sí, entiendo. Muy bien señor –dijo tensamente. Colgó y se dirigió a sus compañeros–. No se redactará ningún informe. Simplemente no ha sucedido nada.

Se quedaron extrañados por la orden recibida, pero a juzgar por sus caras, en el fondo representó un alivio no tener que escribir nada sobre lo ocurrido. Aun así el ambiente se enrareció en la sala de control.

Habían pasado cuarenta minutos desde el extraño suceso y seguía lloviendo pero ahora con menos intensidad. Steve estaba en el exterior recostado en la pared de la entrada fumando, observando como el viento movía unos ornamentos metálicos que colgaban del techo, produciendo un tintineo que le resultaba gracioso. Poco a poco sus botas se iban salpicando por la lluvia que caía cuando los cubos de basura metálicos que estaban a su lado empezaron a vibrar. Se desplazaron hasta que se tocaron y comenzaron a repiquetear entre sí, al mismo tiempo que los ornamentos del techo empezaron a girar a gran velocidad como si fueran un ventilador.

–¡Steve! ¡Steve! –gritaba desde arriba de las escaleras Elliott. Asustado, Steve tiró el cigarrillo en un charco y subió corriendo cuando los cubos de basura reventaron por la excesiva vibración. En efecto, aquél extraño objeto volador había vuelto aparecer en la pantalla del radar.

El pitido intermitente inundaba la sala de control de nuevo, y el punto verde había reaparecido haciendo los mismos movimientos sin sentido. Delante de eso, Henry corrió a coger el teléfono para llamar al capitán pero al descolgar escuchó un sonido extremadamente agudo que no le permitía acercarse el auricular a su oreja. Las luces de la sala empezaron a fallar, los cristales de las ventanas vibraban, y las tazas de café cayeron al suelo cuando el teléfono que sostenía Henry estalló. Parecía un terremoto.

–¡Dios mío! ¿¡Qué está sucediendo!? –gritaba Tim agarrándose para no caer debido al temblor al que estaba sometida la sala.

En medio de esta confusión, observaron asustados como el punto verde descendía directamente hacia el bosque. Diez mil pies, nueve mil, ocho mil…

–¡Esa cosa está bajando! –dijo Henry aterrado delante de la pantalla del radar que le iluminaba su rostro en verde, mientras el pitido intermitente les perforaba cada vez más el oído.

El temblor fue en aumento y la electricidad general de la estación de radar desapareció quedándose completamente a oscuras. Poco después todo terminó. Las sacudidas y las vibraciones cesaron y la electricidad se restableció. Ya no aparecía ningún punto verde. Todo volvía a estar en calma.

Se acercaron en silencio a las pantallas que no indicaban ningún tipo de actividad, y desconcertados por lo que acababan de vivir, levantaron la cabeza atemorizados hacia el bosque que tenían enfrente.

–¿Y ahora qué hacemos? –preguntó Steve con voz asustadiza sin dejar de mirar el bosque.

Durante unos segundos nadie respondió. Parecían hipnotizados por el vaivén de los árboles y sobre todo por lo que éstos parecían esconder en las entrañas del bosque. Henry volvió a mirar la pantalla del radar con la esperanza de que esa cosa siguiera en el aire, o con al menos el deseo que hubiera abandonado la zona del radar en vez de lo que todos tenían en mente. Desalentado se giró hacia sus compañeros y observó el rostro de Tim desencajado. Era la primera vez desde que se conocían que no le veía alegre.

–Tenemos que avisar a la base –dijo Henry con cierto reparo. Los demás le miraron y por su expresión facial comprendieron lo que eso significaba–. Sí, no tenemos teléfono, ni jeep –indicó mirando a Elliott con enfado–, y las líneas de internet han dejado de funcionar. Así que alguien tendrá que andar los siete quilómetros para ir a avisarles.

Esa idea no gustó a nadie y desembocó en una discusión subida de tono para decidir quién se aventuraría a atravesar el bosque. Finalmente, decidieron formar un grupo de tres que andaría por la carretera hasta la base, mientras los otros dos se quedarían en la sala de control vigilando el radar conectados permanentemente por walkie-talkie, en caso de que hubiera movimientos.

La puerta metálica se abrió bajo un potente trueno que irrumpió con fuerza. Era una manera poco alentadora de empezar su incursión. Steve, Henry y Elliott salieron con los chubasqueros puestos encima de sus uniformes y con tres linternas amarillas que, bajo la intensa lluvia que volvía a caer, resaltaba claramente sus potentes haces de luz. Empezaron a andar por la carretera del bosque con cierta dificultad debido a la gran cantidad de barro que se estaba formando. Cuando perdieron de vista la estación de radar, Henry comprobó que funcionara el walkie-talkie hablando con Allan.

–Calculo que tardaremos unos cincuenta minutos –dijo–. Si detectáis algo, ya sabéis.

–Recibido –contestó escuetamente Allan.

Mientras avanzaban bajo ese diluvio por la encharcada carretera, iban enfocando constantemente con sus linternas hacia el follaje del bosque. El agua que caía con fuerza, parecía resonar en cada una de las hojas haciéndolas mover y provocando, a cada movimiento, un aumento de tensión en sus nervios. Era inevitable para ellos acercar inconscientemente sus manos a las pistolas que llevaban en sus cinturas al observar la oscuridad del bosque, temerosos de lo que podía haber allí escondido.

–Quizá no haya sido nada –dijo Elliott. Pero su tono de voz delataba las pocas probabilidades de que eso fuera así.

–Ya nos gustaría –contestó Steve–. Pero es evidente que algo ha bajado y desde luego no ha sido un satélite que haya caído.

En ese momento un ruido de hojas y pequeñas ramas rompiéndose les alertó. Se quedaron totalmente inmóviles mirando un pequeño arbusto que se movía nerviosamente. Sacaron sus pistolas y lo apuntaron.

–¿Qué demonios es eso? ¿Qué hago…, disparo? –preguntó Elliott angustiado.

–Quietos… No os mováis –susurró Henry sin desviar la mirada del arbusto.

Lentamente se desplazaron hacia un costado para intentar ver qué había detrás, cuando de golpe un pequeño cervatillo salió brincando como una exhalación, y atravesó el camino perdiéndose de nuevo en el bosque. Los corazones de Henry, Steve y Elliott estaban a punto de salirles por la boca. Aun así, se miraron, y unas sonrisas nerviosas aparecieron en sus rostros tomándose unos momentos para recuperarse del susto.

Poco después de reemprender la marcha la tormenta empezó a calmarse. La actividad eléctrica se había alejado y tan solo una suave lluvia caía ahora encima del bosque. Les empezaba a doler las piernas del rato que hacía que andaban con las botas llenas de barro, cuando Henry se paró en seco. Steve y Elliott avanzaron un poco más hasta que se dieron cuenta que su compañero no les seguía. Se giraron y observaron su rostro que transmitía una enorme angustia. Sus ojos estaban exageradamente abiertos e incluso su piel había cogido un tono pálido. No entendían qué pasaba pero empezaron a estremecerse.

–¿Qué ocurre Henry? –preguntó Steve en voz baja.

Al no haber respuesta, miraron en dirección hacia donde su compañero tenía clavados sus ojos. Sin embargo no detectaron nada extraño.

–Tengo… tengo la sensación de que algo me está observando –explicó Henry con voz temblorosa.

A Steve y a Elliott se les heló la sangre al escuchar esa frase. Sus ojos escudriñaban cada palmo del bosque que tenían delante pero no conseguían ver nada.

–¿Estás seguro? Yo no veo nada –dijo Elliott casi susurrando mientras con la linterna hacía un barrido tras otro sobre el follaje. En ese instante las ranas y grillos empezaron su sinfonía nocturna.

–Quizá te has confundido. Quizá una de esas ranas ha movido unas hojas y… ¡Aaaahh! –exclamó despavorido Steve.

Ahora veía lo que Henry decía. En la curva de la carretera una silueta extraña estaba inmóvil entre el follaje. Se encontraba a unos treinta metros de ellos y realmente parecía que les estaba mirando.

Esa presencia era más bien estilizada, casi delicada y no sobrepasaba el metro setenta. Pero lo que realmente impresionaba más es que daba la sensación de que era prácticamente transparente, por eso les costaba tanto de identificar. De hecho cuando miraban a través de ése extraño ser podían observar el bosque aunque detectaban una leve deformación en la visión. Y lo que parecía ser su cabeza, no se apreciaba ningún rasgo facial pero por la inclinación que tenía, ciertamente daba la sensación que les estaba observando.

Elliott empezó a temblar delante de ese ser y cogió su pistola apuntándole, cuando Steve de reojo se dio cuenta de las intenciones de su compañero.

–¿Qué demonios estás haciendo? –susurró tenso, Steve–. ¡Baja el arma inmediatamente!

–¡Elliott! –exclamó Henry en el mismo tono.

Sin embargo Elliott no atendía a sus peticiones. Estaba demasiado histérico delante de la angustiante situación hasta que sin querer apretó el gatillo. La explosión resonó por toda la carretera sorprendiendo a sus compañeros y la bala salió disparada hacia esa forma de vida desconocida. Pero algo sucedió que les hizo temer lo peor. La bala se detuvo a un centímetro del rostro de ese ser provocándole unas finas y elegantes ondulaciones circulares en la superficie de su extraña piel. Mientras la bala flotaba delante de su cara, la giró lentamente, y a una velocidad increíble, la devolvió penetrando en el muslo de Elliott, que cayó al suelo retorciéndose de dolor. Henry y Steve aturdidos por lo que acababan de presenciar se arrodillaron a auxiliar a su compañero.

–¡Dios mío! ¿Qué vamos hacer? Estamos perdidos. No llegaremos nunca a la base –dijo Steve aterrado.

–No tengo ni idea, pero… –la voz de Henry se interrumpió en seco. Sus ojos volvían a tener la misma expresión que cuando vio al primer ser–. …No nos podemos quedar aquí más tiempo –repitió ahora con un tono extremadamente inquietante. Steve se giró y vio a tan solo diez metros, otras tres espeluznantes siluetas transparentes que les observaban desde otra zona del bosque. No se movían, simplemente les miraban. Les empezó a dar la sensación que les estaban estudiando y eso hizo todavía más mella en su ánimo.

Steve y sus compañeros estaban completamente inmóviles bajo la lluvia. Solo el agua que resbalaba por sus caras les hacía mover los párpados por la molestia que les causaba en los ojos. Henry con suavidad bajó su mano hacia el walkie-talkie, lo cogió y lo encendió. Mientras se lo acercaba escuchaba el típico zumbido que emitía el aparato pero empezó a percibir que éste iba disminuyendo. Observó que la luz de encendido iba perdiendo potencia hasta que el walkie-talkie se apagó por completo. Sí, no había duda. Esos seres les estaban aislando.

Mientras tanto la sangre de Elliott no paraba de derramarse y de teñir de rojo los charcos de la carretera. En esa situación angustiante, las cuatro siluetas empezaron a comunicarse por medio de susurros incomprensibles. Parecían voces del más allá que resonaban por todas partes del bosque. Aunque no entendían nada de lo que decían, estaba claro que mantenían una conversación. Primero hablaba uno, luego respondía otro.

En medio de esto, Henry y Steve hicieron un torniquete en la pierna de Elliott y le ayudaron a levantarse. Inconscientemente hicieron el gesto de seguir avanzando por la carretera y esto hizo que dejaran de hablar en el acto. Además en la curva de la carretera surgieron andando otras dos siluetas transparentes deteniéndose a observarles. Era evidente que no les dejarían irse.

–Tenemos que irnos –dijo Henry con el latido de su corazón acelerado–. Rápido, vayamos al barracón.

No les quedaba otra. Henry y Steve sujetando a su compañero por los hombros se adentraron en el bosque sin perder de vista a esos seres que, incomprensiblemente, seguían inmóviles. Iban en dirección a un barracón de mantenimiento situado a unos dos cientos metros de la carretera principal. Allí esperaban encontrar un quad que el personal de las instalaciones guardaba aunque lo usaban muy poco.

Al avanzar por en medio del bosque no notaban tanto la lluvia. Caminaban pisando el follaje, rompiendo pequeñas ramas, y provocando que decenas de insectos volaran atraídos por las luces de sus linternas. Se adentraban con cautela escudriñando en todas direcciones ya que al ser transparentes eran difíciles de detectar.

–Eh, allí está el camino –dijo Elliott con dificultad debido al dolor que sentía.

Se dirigieron hacia la carretera secundaria también encharcada de barro, y a unos treinta metros encontraron un pequeño barracón de madera bastante viejo. La pintura que una vez fue verde había prácticamente desaparecido o se había levantado debido a la humedad. Las ramas de los árboles habían crecido tanto que empezaban a tocar el tejado del barracón. Con el viento eran empujadas produciendo un ruido bastante siniestro, como si alguien pasara un cuchillo afilado por encima de una superficie metálica.

El barracón era rectangular y tenía unos quince metros cuadrados, un par de ventanas alargadas y estaba lleno de cajas y trastos cubiertos por lonas amarillas cargadas de polvo. En una de las esquinas había el quad, con un aspecto que daba la sensación que hacía años que nadie lo había usado.

–Busquemos un bidón de gasolina. Tiene que haber uno en alguna parte –dijo Steve dejando en el suelo a Elliott que ya tenía medio pantalón ensangrentado.

Henry por su parte advirtió un pequeño armario cerrado con un candado. Cogió una pala vieja y lo golpeó hasta que consiguió romperlo. En su interior encontró otros dos walkie-talkie. Cogió uno, introdujo las baterías, y lo encendió poniendo el canal dos en el selector.

–Soy Henry, hemos tenido problemas en la carretera. ¿Me recibís? Cambio –esperaba una respuesta nervioso mirando a Steve, que acababa de encontrar un bidón casi vacío y estaba llenando el quad. Sin embargo solo escuchaba el zumbido. Henry insistió de nuevo y esperó… Pero por desgracia tanto el zumbido como la luz de encendido empezaron a desvanecerse de nuevo hasta que se apagó por completo. Los tres se miraron alarmados. Sabían lo que eso significaba.

–Vuelven… –murmuró Steve.

Por un instante se quedaron petrificados y una desagradable sensación de frío les recorrió todo el cuerpo. La solitaria lámpara que colgaba del techo empezó suave pero amenazadoramente a perder intensidad, hasta que solo les iluminó la poca luz que penetraba por las ventanas.

–Dios… Están aquí –susurró Elliott con dolor.

Los tres en el barracón rodeados por el ruido de la lluvia que seguía cayendo, contenían la respiración para poder percibir cualquier sonido que proviniera del exterior. Y así fue. La puerta de entrada se balanceó levemente como si comprobaran si estaba cerrada, provocando una suave ondulación en la pared de madera contigua a la puerta. Al observar eso, Henry y Steve corrieron a colocarle una barra de hierro para trabarla y se apartaron rápidamente. Elliott, sentado en el suelo al lado de una caja y sin decir nada, señaló con el dedo al quad mientras con la otra mano presionaba la herida de bala para evitar perder más sangre. Con cierta dificultad Steve consiguió encenderlo, sin embargo y al acto al igual que con el walkie-talkie, el vehículo pareció morir al desvanecerse la luz delantera y el motor.

–No nos dejarán salir nunca –dijo Henry desesperado–. Quieren algo.

Estaban aterrados cuando escucharon unos pasos en el tejado que les hizo levantar su mirada. Solo era uno y se movía con relativa tranquilidad en todas direcciones como si estuviera explorando. Seguían con atención el sonido e intentaban evitar estar debajo, cuando se produjo un enorme estallido. Algo impactó violentamente contra la puerta moviendo todo el barracón y provocando el crujir de la vieja madera. Las bisagras de la puerta así como la barra de hierro que habían puesto, empezaban a ceder por las sucesivas envestidas que se iban produciendo.

Acorralados por ese ataque, se juntaron en medio del barracón buscando instintivamente sentirse más protegidos, hasta que esos seres consiguieron abrir un agujero haciendo estallar la madera cerca del suelo. El resplandor de un relámpago iluminó la abertura mostrando la horrible imagen de una débil sombra de esas siluetas acercándose. Henry, Steve y Elliott al verlo automáticamente cogieron sus pistolas y empezaron a disparar perforando la pared de madera. Pero de nuevo, e inmediatamente, las balas fueron devueltas rebotando en los diferentes objetos metálicos produciendo chispas a su alrededor.

–Estamos perdidos –dijo Elliott entre lágrimas.

–¡No perdáis la concentración y manteneos juntos! –alentó Henry a sus compañeros.

El ser que estaba cerca del agujero empezó a emitir un sonido gutural muy grave ininterrumpido. Era un sonido similar a los que emiten los monjes tibetanos en sus cantos cuando el que estaba en el tejado se sumó con el mismo tono. Segundos después otras ocho voces fueron apareciendo progresivamente alrededor del barracón.

–Son más que antes ¿¡Qué demonios queréis de nosotros!? –gritó Steve con furia.

Sin pensárselo Henry empujó con todas sus fuerzas una de las pesadas cajas del barracón para tapar el agujero de la pared.

–¿¡Qué haces!? ¡Eso no servirá de nada! ¡Estamos perdidos! –chillaba fuera de sí Elliott.

–¡Cállate! –contestó Henry en medio de ese sonido grave que les empezaba a penetrar en el cerebro.

Los tres amigos esperaban tensos el siguiente movimiento de esos seres extraterrestres, y no tardó en llegar. Sin que se dieran cuenta, la pistola de Elliott que había caído al suelo y una llave inglesa empezaron a flotar. Ésos dos objetos siguieron elevándose y pasaron por delante de sus sorprendidas caras, cuando las cajas y todos los objetos que allí había empezaron a temblar.

–¿Y ahora qué? –preguntó Henry abrumado.

Instantes después los tres, junto con el resto de los objetos, empezaron a flotar sin control como si esos seres hubieran eliminado la fuerza de la gravedad. Por un momento perdieron la noción de su propio peso y dentro del barracón todo empezó a dar vueltas, como si estuvieran en un transbordador espacial girando alrededor de la tierra. No podían agarrarse a ninguna parte hasta que todo dejó de girar y la gravedad volvió súbitamente. Henry, Elliott y Steve junto con todos los objetos cayeron de una altura de unos tres metros, rompiéndose las cajas y esparciéndose las piezas de recambio de motores por todas partes. No se habían roto nada, pero permanecieron unos instantes en el suelo bastante doloridos intentando recuperarse del golpe recibido.

–Nos van a matar –dijo Steve con cierta dificultad debido al dolor que sentía.

–No –respondió Henry–. Si quisieran matarnos ya lo habrían hecho. Me da la sensación que se están divirtiendo con nosotros.

Las voces graves de esos seres terminaron en ese momento. A través del agujero de la pared advirtieron movimiento ya que percibían un sonido que les daba a entender que estaban moviendo algún tipo de artilugio metálico. De golpe y sin previo aviso, un ruido ensordecedor apareció y al acto empezó a succionar a través de la abertura todo lo que encontró. Todas las piezas metálicas cercanas al agujero, así como el cuerpo de Steve, empezaron a ser arrastrados hacia allí.

–¡Ayudadme! –gritaba aterrorizado mientras clavaba sus uñas en el suelo intentando frenar su avance. Henry corrió y se tiró al suelo para agarrarle de la mano, cuando un brazo de uno de esos seres apareció por el agujero y lo cogió por el tobillo. Era un brazo bastante delgado pero con una fuerza sorprendente. Había perdido su transparencia mostrando un color verde oscuro, con algunas manchas negras esparcidas, y uñas oscuras y afiladas.

–¡Aaaahh! –gritaba de dolor Steve–. ¡Me está quemando! ¡Me está quemando!

Henry no comprendía lo que decía pero al levantar la mirada observó que de la mano de ese ser salía humo. En efecto, le estaba quemando el tobillo al mismo tiempo que poco a poco le iba arrastrando cada vez más hacia el agujero. Elliott viendo la situación se arrastró como pudo con toda la pernera llena de sangre, y agarrando una de las piezas sueltas del suelo, la tiró con todas sus fuerzas impactando contra el brazo de ese ser provocándole un grito escalofriante.

Steve había conseguido liberarse pero la mano de esa criatura se le había quedado marcada en la piel quemada de su tobillo. Sin demora, volvieron a reunirse en medio del barracón cuando la máquina de succión cesó por completo. Ya nada se movía. La calma había vuelto y solo en el exterior se escuchaba como volvían a comunicarse mediante esos susurros incomprensibles.

–Vuelven a hablar entre ellos –murmuró Henry mientras intentaba recuperar el aliento. En esa ocasión los susurros se iban alejando de la caseta, y poco a poco fueron mezclándose con unos gritos lejanos.

–Eh, ¿qué son esos gritos? –preguntó con preocupación Steve.

Henry con cautela se acercó a la ventana pegando su espalda contra la pared, y torciendo la cabeza, observó el exterior. Todo estaba en calma sin embargo esos gritos seguían desplazándose a través del bosque. Henry se quedó pensativo unos instantes hasta que pareció comprenderlo con resignación, e instintivamente, se dirigió hacia la puerta bajo la atenta mirada de sus compañeros.

–¿Qué vas a hacer? ¿Te has vuelto loco? –preguntó Steve atónito.

–Ya no hay peligro –contestó Henry.

Fin del 10% permitido por Amazon.